

Débora Vázquez

La familia extranjera

Sirenuse

Cuando llegué la fiesta había comenzado. Saludé a quien cumplía años y busqué un lugar tranquilo donde acomodarme. El balcón me pareció la mejor alternativa. El día era gris, llovía levemente y debajo de la plataforma pasaba un río que comenzó a subir como a un barco que se hunde. El agua me llegó hasta las rodillas pero no me sentí mojado. Huevos de peces flotaban sobre la superficie. Huevos amarillentos y translúcidos como aquéllos que los niños levantan de la arena durante sus vacaciones. De repente, a mis espaldas, un hilo de voz aguda me obligó a volverme: la dulzura del canto que había ahogado a tantos bravos aqueos. Y ahí estaba, parada sobre la única mesa del balcón, una niña de unos siete años, rubia, con el pelo ensortijado cayéndole sobre los hombros, la cabeza erguida y los ojos fijos en los jardines vecinos. Me acerqué lentamente y le pregunté si estaba perdida. «Busco el acorde del mundo», respondió mientras se abrazaba a mi cuello para que la condujera hacia donde señalaba con su brazo extendido. En los jardines de al lado una pareja de franceses la reconoció inmediatamente: «¡Sirenuse!» y tras intercambiar con ella una expresión de alivio y unas pocas palabras se la entregué. Eran sus padres o al menos eso creí. Nunca lo mencionaron. Me alejé sin darme vuelta. Ni siquiera me vieron.

Tablas

Cruzamos las cataratas, mis amigos y yo. Del otro lado, un palacio austriaco. Su fachada filosa, blanca. Comenzamos a escalarla sin arnés, sin poleas, botas ni equipo apropiados. No era difícil. Alcanzamos el balcón más alto. La casa parecía demasiado limpia para estar deshabitada. Nos intimidó la ausencia de polvo al forzar los postigos y la suntuosa antecámara con sus muebles lustrados, sus óleos espesos, sus alfombras de hilo de seda y el solemne piano de cola. Preferimos espiar desde afuera. Las tulipas de la araña que

colgaba del techo estaban encendidas.

Sin esfuerzo, con la misma naturalidad con que habíamos subido, emprendimos el descenso. Una melodía de cuerdas vibraba sutil del otro lado de la pared, acompañada por unas risas tenues, educadas. Desconcertada, interrumpí la marcha para dar un último vistazo por una ventana entreabierta. Hombres y mujeres con trajes de época aparecían detenidos, congelados en un gesto involuntario, casi trivial. Su inmovilidad enmascaraba la violencia de una cinemática dormida y podía adivinar sus movimientos previos y posteriores, como un gran maestro lo hubiera hecho ante una partida inconclusa. Con detenimiento, observé luego a cada uno de los integrantes de aquella fotografía de relieves sensibles. Buscaba la fisura que rompiera el encanto. No la encontré. Las piezas del tablero ocupaban el lugar que alguien, eternamente, les había reservado.

Al llegar al pie de la mansión volvimos a cruzar el telón de aguas rápidas para confluir en la ciudad y ser bruscamente separados por esa fuerza centrífuga tan propia de las grandes urbes. Estaba sola. La casa se había licuado, misteriosamente, como si se tratara del refugio itinerante de paladines de un nuevo grial.

Una amiga me esperaba en un café. La excursión me había retrasado unos minutos. No di explicaciones. Quería escucharla. Tenía algo que decirme. Necesitaba una máscara para un baile de disfraces esa misma noche. Pagamos sin esperar que alguien se acercara a la mesa. Sabía dónde conseguirla. Camino al café había reparado en una tienda que vendía antifaces. Mi amiga se probó unos muy bellos y me observó, como antes, otros cientos de ojos de gato lo habían hecho a través de aquel mismo ocho negro.

Iniciales

Se encendió la luz en el living comedor. La certeza de que había alguien más. La policía secreta nos tomó por sorpresa. Íbamos a comenzar una nueva etapa en nuestras vidas. Eso dijeron. Una etapa de la que nuestros padres no nos habían advertido, justamente porque la ignorancia era la clave. O tal vez, porque una vez vivida es olvidada. Supimos entonces que nos embarcábamos en un presente desplazado. Se nos permitió una llamada telefónica. Me comuniqué con mis padres. Se alarmaron. En el pequeño hotel en el que vivíamos las condiciones eran precarias. Recuerdo un ascensor exiguo y oscuro y la humedad del subsuelo trepando por mis piernas mientras dormía. Recuerdo el sabor amargo de los narcóticos y la proximidad de las ratas. Y por último la luz intensa y dolorosa del día en que nos dieron el alta porque habíamos aprendido. No supe qué pero tampoco me atreví a desmentirlo cuando aquel doctor nos lo comunicó. Y eso fue todo, al menos todo lo que hasta hoy recuerdo de vez en cuando. Pero aún conservo en mis pijamas esas extrañas iniciales que todavía algunos confunden con una marca de ropa.

Las moscas

Me levanta mi propio gemido. El miedo blanco. A mi derecha, un perro me vigila, o su sombra, formada por una nube apretada de insectos y sus zumbidos. Intento un manotazo para espantarlo. La languidez de mi prematura vigilia apenas lo hace retroceder. Mi brazo entumecido cae a un lado. El perro se adelanta y me ladra con la violencia maciza de su cuerpo. El perro ladra mudo. Vuelvo a estirar el brazo hacia arriba para protegerme. El perro apenas se mueve, pero me observa erguido desde sus ojos huecos, con la soberbia con la que se acecha a un animal más poderoso que agoniza.

Me levanta mi propio gemido. El zumbido, todavía lo escucho.

La tejedora

Muy arriba sobre mi cama pende un hilo. Desde su extremo, una araña cae mansamente, como la arena de los relojes que recuerdan la matemática de Leonardo, esos dibujos exactos de trazos rojizos

que van desapareciendo con cada año nuevo.

Soy consciente de este continuo descenso, pero no puedo calcularlo porque por momentos me quedo dormida. Cada vez que despierto la araña está más cerca. La distancia que nos separa no es arbitraria. (Una medición más tangible podría formularse en relación con su esmerada caída.)

La araña está ahora debajo de las sábanas y me espía desde una esquina que prefiero no acertar. Mi cama no es mi cama. Salto hacia afuera. Me despierto en cuatro patas. La luz está encendida. Un hombre revisa la cama. No hay nada. Vuelvo a acostarme a su lado. Un bollito negro prendido en mi pelo espera que todo se aquiete para seguir acercándose.